

voz, que cuando estéis de regreso en la vuestra, digáis á todos y cada uno de sus pobladores, desde su valeroso y digno Monarca hasta el último de sus humildes, cuánto agradecemos el presente que por vuestro amable conducto viene á anudar más todavía los muchos y duraderos lazos que estrechan á entrambos pueblos.

El regocijo que advertís, los repiques á vuelo, las graves notas del cañón, las marciales de nuestro himno, el lento ascender de nuestra sacra enseña en el mástil de honor de este Palacio, no es nada más para festejar cual se merece la espontánea devolución de estas reliquias; es también para publicar que sólo saben hacer cosas tales los pueblos que, como España, son hidalgos y son grandes.

NÚMERO 58.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Paul Lefaivre, Embajador Especial de Francia, al entregar las llaves de la ciudad de México al señor Presidente de la República, el 18 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

En nombre del Gobierno de la República Francesa, tengo el honor de poner en manos de Vuestra Excelencia las llaves entregadas al General Forey, el 10 de junio de 1863, á su entrada á esta capital.

Si para los representantes de una nación amiga hay una agradable misión que desempeñar, lo es cuando sus simpatías íntimas están profundamente de acuerdo con los grandes sentimientos oficiales. Será un recuerdo inolvidable en mi carrera haber sido elegido, con la delegación que me rodea, para restituir al México de hoy un emblema que, si se liga con los acontecimientos de una época perturbada, para revestir su significación definitiva, recibe un rayo del resplandor pacífico de las fiestas que estamos presenciando.

En todas las conquistas de la libertad, á través del mundo, Francia encuentra siempre una parte de su espíritu y de su genio. Por eso, en el momento solemne en que Vuestra Excelencia, en la noche del 15 de septiembre, agitaba sobre la muchedumbre el estandarte tricolor de México, hemos sentido, mejor tal vez que otros, pasar el alma misma de la patria en uno de esos aletazos que sublevan á los pueblos en las grandes horas de la Historia.

Francia, de la cual tantos hijos suyos trabajan y prosperan á la sombra de esta bandera, quiso asociarse ampliamente á la alegría de la gran Nación que celebra el Centenario de su advenimiento á la vida de los pueblos libres.

Ojalá que el don simbólico con que la Nación Francesa viene á enriquecer el patrimonio de la República Mexicana, sea entre los dos pueblos la prenda de una imperecedera amistad.

NÚMERO 59.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir del Excelentísimo señor Embajador Especial de Francia las llaves de la ciudad de México, el 18 de septiembre de 1910.

Señor Embajador:

Con especial complacencia recibo de vuestras manos las llaves de la ciudad de México á que os habéis referido, y con las que el Go-

bierno de la República Francesa, por vuestro digno conducto y el de una Misión Especial, obsequia al Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos.

Si en cualquier tiempo habría sido esto una muestra inequívoca de que en nuestros dos países existen las más estrechas relaciones, fundadas en vivas simpatías y en indisputable comunión de pensamiento, lo es doblemente en las circunstancias en que se efectúa, porque al celebrar México el primer Centenario de su Independencia, es en extremo significativo para él recibir de un pueblo hermano un objeto que se halla íntimamente relacionado con la historia en que bregó con patriótica tenacidad por conservar intacta la obra cuya iniciación conmemora en estos días con bien fundado regocijo.

Recibid, pues, señor Embajador, para transmitirlos al pueblo y al Gobierno franceses, los cordiales agradecimientos del pueblo y del Gobierno mexicanos, que se complacen, hoy más que nunca, en haber profesado siempre el más fervoroso culto á la Francia republicana, á la vieja y noble tierra que por las creaciones de sus genios, las hazañas de sus héroes y las doctrinas de sus apóstoles, ha dado tan luminosos días de gloria al mundo y ejercido tan alta influencia en las ideas y en los destinos de la humanidad.

Señor Embajador:

Poseído de profunda gratitud por las manifestaciones de afecto con que vuestro país nos ha favorecido, no menos que por las benévolas palabras que acabáis de pronunciar, hago los votos más cordiales por vuestra dicha personal, por la de los muy honorables miembros de la Misión que os acompaña, por la del digno Jefe de la República Francesa y por la no interrumpida prosperidad de vuestra culta patria, tan justamente amada por todos los amantes de la libertad, de la belleza y del progreso.

NÚMERO 60.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Marqués de Polavieja, Embajador Especial de España, al imponer el Gran Collar de la Orden de Carlos III al señor Presidente de la República, el 19 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Al asociarse España de todo corazón á la celebración de la Independencia de México, no pudieron menos Su Majestad el Rey, mi Augusto Soberano, y su Gobierno, interpretando fielmente la opinión española, de pensar en significar á Vuestra Excelencia toda la estimación y toda la simpatía que le son debidas, no sólo como Primer Magistrado de esta grande y culta República, sino por los altísimos méritos de fama ya universal, contraídos por quien, como Vuestra Excelencia, ha levantado á su patria, en 30 años de labor tan acertada é incansable, al grado de pujanza y progreso que contemplan con admiración, quizás con algo de sorpresa, los enviados de las naciones venidos á participar de vuestro regocijo, y que de hoy en adelante serán verídicos y enérgicos testigos de cuanto vale y significa ya México, de cuanto habéis hecho, señor, por este vuestro amado país.

Vine á él cargado de ilusiones, jamás reñidas con la edad en quien puede y quiere conservar su corazón joven é ingenuamente abierto á todo elevado sentimiento, á todo afecto generoso y sincero; y declaro que, lejos de haberse marchitado al contacto de la realidad, poco ó mucho, como á menudo sucede, siento ya que si pocos días de

residencia habrán bastado para que me separe con gran pena, regresaré á mi España más entusiasta que nunca por México, más convencido que nunca de su inmenso y brillante porvenir, de su indestructible autonomía, y más persuadido también de la obra inmensa que habéis, cual artífice providencial, realizado como hombre de Estado, en beneficio de este noble pueblo, que os retribuye con su amor y veneración.

Este vigoroso surgir de México, como de todo país hispanoamericano, á una vida nacional superior, sin valla ni límite que no alcance á cualquiera otra nación, aún la mejor dotada, es nuestro orgullo y nuestro anhelo, lo ansiamos como cosa propia, y, por lo mismo, unimos nuestra gratitud, la intensa y dichosa gratitud del que sabe vivir la vida ajena, á la que por vos y vuestra obra colosal sienta el más vehemente de vuestros admiradores.

Esto significa y este alcance tiene el Collar de Carlos III que en nombre de Su Majestad el Rey, Jefe de la Orden, voy á tener el alto honor de imponeros, distinción altísima que compartiréis con Soberanos y Jefes de Estado, y que, en nombre de España, ruego á Dios podáis llevar largos años.

NÚMERO 61.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir del Excelentísimo señor Embajador Especial de España el Gran Collar de la Orden de Carlos III, el 19 de septiembre de 1910.

Señor Embajador:

Con muy especial complacencia y debidamente autorizado por el Congreso de la República, recibo el alto honor que bondadosamente se ha servido enviarme por vuestro digno conducto Su Majestad el Rey de España, cuando os encargó de imponerme el Gran Collar de la meritisima Orden de Carlos III.

Aunque bien comprendo que esta distinción tan señalada, al igual de otras muy significativas que con motivo de nuestro solemne Centenario se han dignado prodigarnos el noble pueblo español y su Augusto Monarca, es, más que para mí mismo, para el pueblo mexicano, al frente de cuyos destinos tengo la honra de encontrarme, soy yo, sin embargo, quien debe llevar su voz y en su nombre hacer patente el profundo reconocimiento con que recibo muestras tan expresivas de las cordiales relaciones que han existido y perdurablemente deben existir entre México y España.

Servíos, señor Embajador, así expresar lo á vuestro ilustre Monarca y á la Nación Española, tan querida para México, que, bien estáis mirándolo, en los momentos en que festeja su independencia de España, no tiene para España más sentimiento que el de la gratitud y el del afecto.

NÚMERO 62.

Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor don David J. Foster, Enviado Especial de Estados Unidos de América, en el banquete que ofreció al señor Presidente de la República, el 12 de septiembre de 1910.

La ocasión que se nos ha proporcionado de reunirnos aquí para honrar al Presidente de la República, es de una significación mundial. La centuria que acaba de transcurrir fué, por muchos conceptos,

verdaderamente notable. En el progreso de la ciencia, de los inventos y descubrimientos, ocupa un lugar sin precedente. Pero esta noche podemos notar con especial satisfacción los progresos y adelantos del siglo en materia de relaciones internacionales. Ya el extinto Goldwin Smith había declarado que «entre todos los grandiosos progresos que la humanidad ha realizado en los últimos años, ninguno es tan maravilloso ó trascendental como la unificación del mundo, mediante la desaparición de las distancias. Ya hemos recogido una cosecha,» —dijo— «y rápidamente estamos formando un solo pensamiento y un solo corazón para todo el mundo.» La Gran Bretaña y Francia van á cumplir un siglo durante el cual no han desenvainado la espada para luchar entre sí. Nosotros, en los Estados Unidos, nos preparamos á celebrar el Centenario de la Paz entre los pueblos de habla inglesa. La Conferencia de La Haya con sus benéficos resultados, que ya se han palpado; la perspectiva para el establecimiento, en un futuro cercano, de un Tribunal Permanente de Arbitraje en La Haya, y las negociaciones para la celebración de tratados entre las grandes naciones á fin de someter sus diferencias al arbitraje, todo indica los progresos que han hecho las naciones en el arte de la vida en común como vecinos y amigos, y en el del arreglo de sus diferencias, de acuerdo con los principios de la justicia y de la equidad.

En este movimiento progresista, México ha dado un ejemplo notable, pues en la primera centuria de su existencia, cuyo aniversario celebramos, nunca desenvainó su espada contra una nación amiga, sino en su propia defensa. Y yo creo que nada sería más grato á su respetable Presidente en los festejos actuales, que tener la seguridad que dentro de cien años, cuando los representantes de las demás naciones se reúnan en su Capital para celebrar su segundo Centenario, puedan estrecharse la mano con sus representantes y entre sí, y decir: durante cien años hemos vivido juntos en paz, respetando la soberanía y el honor nacional de cada nación, evitando al mundo las atrocidades de la guerra y trabajando por la causa de la humanidad.

Así, pues, os invito á que me acompañéis en este brindis: por el Presidente de la República, el Ejecutivo, que ha hecho lo que creía que debía hacerse, y cuyo criterio á este respecto sólo ha sido igualado por su habilidad ejecutiva; por el ciudadano, el soldado, el estadista y el patriota, cuya prenda más alta es la sencillez de carácter, que, en donde quiera que se encuentra, indica nobleza de alma y que adorna más al soberano que su propia corona.

NÚMERO 63.

Brindis pronunciado por el señor don Ramón Corral, Vicepresidente de la República y Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en el banquete que ofreció el Excelentísimo señor Enviado Especial de Estados Unidos de América al señor Presidente de la República, el 12 de septiembre de 1910.

Muy alta es la honra que me ha conferido el Jefe de la República encargándome de representarlo en esta fiesta, en que la brillante Delegación Americana nos da una prueba más de su cordial amistad y del interés con que coopera á nuestra patriótica celebración; honra que no solamente me halaga por venir de quien viene, sino también porque me proporciona la oportunidad de dirigir la palabra á un grupo selecto y, por ende, benévolo.

Los mexicanos nos sentimos satisfechos, porque, al cumplir el primer Centenario de la proclamación de nuestra Independencia, estamos en posesión de muchos bienes que aun no logran pueblos de más larga vida. No solamente hemos conquistado la libertad, la democracia, la reforma, la paz, el hábito del trabajo y el crédito, sino también un puesto distinguido entre las naciones civilizadas y la consideración de todos los hombres cultos de la tierra, como lo justifica la presencia aquí de los representantes de los numerosos países que son nuestros amigos.

Nuestra tarea, sin embargo, no está terminada, porque la lucha por el progreso es infinita. La paz que hemos conquistado y que es la base de nuestras otras conquistas nacionales, necesita ser afianzada más y más cada día, perseverando en la educación del pueblo y en el respeto á sus derechos, en el interior, y en el exterior, estrechando nuestras relaciones internacionales, ensanchando nuestro comercio con todas las naciones, cambiando nuestras ideas con las ideas de los demás hombres; en una palabra, siguiendo firme y honradamente el programa que nos ha trazado nuestro Caudillo, el hombre grande que supo convertir un pueblo pobre y enfermo en una patria de que tan orgullosos nos sentimos.

Las tendencias humanas hacia la conservación de la paz son cada día más poderosas, como con tanto acierto lo afirmáis, señor Ministro; y por lo que se refiere á México, os estimo altamente y asimismo os lo estimarán todos los mexicanos, la justicia que nos hacéis reconociendo que nuestro país, en el siglo que lleva de vida autónoma, jamás ha desenvainado la espada contra ningún otro país sino en propia defensa. Esta conducta seguirá, sin duda, siendo la base de nuestras relaciones con todos los pueblos, y mientras se respeten nuestros derechos de Nación independiente y libre, no tendremos para las demás naciones sino los sentimientos más sinceros de amistad y la cooperación más entusiasta en la obra común del progreso.

Señores Delegados:

Oíd una vez más, de labios mexicanos, la expresión de la elevada estima en que tenemos la parte que tomáis en nuestro regocijo patriótico. Vuestros países, asociándose á nuestras fiestas, nos dan una muestra de consideración que sabemos apreciar. En cambio, es muy grande nuestro deseo de que, al darnos el pesar de vuestra despedida, llevéis un recuerdo grato de México y la impresión de que somos dignos de ocupar un lugar entre los pueblos libres.

Y á vosotros, señores Delegados de los Estados Unidos, mis sinceros agradecimientos por la ocasión que con esta espléndida fiesta nos habéis dado para manifestaros nuestros cordiales sentimientos de amistad y de estimación, y para levantar nuestras copas brindando por la constante prosperidad de vuestra gran República.

NÚMERO 64.

Brindis pronunciado por el señor Doctor don S. Pagenstecher, Presidente del Casino Alemán de México, en el banquete que ofreció éste al señor Presidente de la República, el 13 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señores Embajadores y Ministros:

Señores:

Deseosa la Colonia Alemana de conmemorar dignamente el Centenario de la proclamación de la Independencia de México, ha creí-

do de su deber hacer, en esta ocasión solemne, una manifestación palpable de simpatía y cariño para con el generoso pueblo mexicano, que brinda proverbial hospitalidad á cuantos extranjeros venimos á cobijarnos con la gloriosa bandera tricolor: verde, blanco y colorado, que orgullosamente ondea sobre nuestra patria adoptiva.

Así es, señores, que al obsequiar la Colonia Alemana al representante legítimo de la República Mexicana, con un banquete de honor, organizado especialmente con ese fin, pretende honrar á la Nación Mexicana entera, en la persona de su Supremo Magistrado, aprovechando con entusiasmo la oportunidad para rendir el tributo de su admiración al ilustre hombre de Estado que en una labor incesante de 30 años ha sabido conducir á su patria por el sendero de la paz á la cumbre del progreso y de la prosperidad.

Lo cierto es, señor Presidente, que precisamente por estos hechos sobresalientes Vuestra Excelencia ha llegado á conquistarse entre nosotros, afecto sincero y profundo respeto.

Acostumbrado el pueblo alemán al trabajo constante, era necesario que vos, cuya vida entera ha sido una labor incesante en bien de vuestra patria, fuerais llamado á ganar nuestro respeto.

Acostumbrado el pueblo alemán á los goces múltiples del progreso, era preciso que vos, que habéis iniciado y consumado en vuestro país una era de progreso increíble, fuerais llamado á ganar nuestra admiración.

Acostumbrado el pueblo alemán á disfrutar de los beneficios innumerables de la paz, era inevitable que vos ganaseis nuestra gratitud, pues bajo vuestro Gobierno pacificador han estado garantizadas nuestras empresas, nuestros capitales y nuestras vidas.

Recibid, pues, señor Presidente, el testimonio del más profundo respeto que en esta ocasión solemne, por mi boca, os brinda la Colonia Alemana de México.

Siento en el alma no poder (por razones naturales) explayarme como quisiera en el hermoso idioma de Cervantes; pero no es dado á la lengua sajona poder alcanzar las envidiables alturas del entusiasmo, las que, con galanas frases, escala elegantemente el latino, al que ya en la cuna una fe bienhechora deposita el hermoso don de la palabra. Parco es el carácter alemán en las manifestaciones de sus afectos, y más parco aún en la distribución de ellos. En cambio, una vez que empieza á vibrar la cuerda sensible en nuestros corazones, podéis estar seguro que nadie en el mundo entero nos gana en profundidad de sentimientos.

Por eso, señor, podéis estar convencido de que, al abrir á Vuestra Excelencia las puertas de este Casino, simbólicamente llamado Casa Alemana, por ser el núcleo, el centro y el alma de nuestra Colonia, no nos satisfacemos con abrirle tan sólo materialmente las gruesas puertas de encino; no, señor: abrimos gustosos las puertas invisibles del alma para que podáis penetrar hasta lo más íntimo de nuestros corazones como querido amigo.

En este sentido, señores, brindo por nuestro ilustre huésped, el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República Mexicana; brindo por su dignísima esposa, doña Carmen Romero Rubio de Díaz, que es la virtud y caridad en persona; brindo por la Nación Mexicana entera y por su glorioso porvenir.

Señores: Que viva México! . . . Que viva el Caudillo! . . .

NÚMERO 65.

Brindis pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el banquete que le ofreció el Casino Alemán de México, el 13 de septiembre de 1910.

Señor Embajador de Alemania:

Señores:

Doy las gracias á la honorable y simpática Colonia Alemana por todas sus delicadas atenciones, así como por los bondadosos conceptos con que me ha honrado su muy distinguido Presidente.

Voy á referirme al acto solemne que motiva esta fiesta, llena de interés y de cordiales sentimientos, tanto para los alemanes como para los mexicanos, por su significación y su importancia.

El pueblo y el Gobierno de México aprecian y agradecen el hermoso obsequio que me habéis presentado en nombre de Su Majestad Guillermo II, Emperador de Alemania y Rey de Prusia.

Este artístico monumento será para siempre el símbolo de las cordiales relaciones entre nuestros respectivos países, y será, además, un motivo de simpatías para el noble pueblo alemán, pues la peregrinación del Barón de Humboldt por el territorio mexicano lo ha hecho acreedor, desde hace cerca de un siglo, á nuestras consideraciones, ya dándole el título de ciudadano del Estado de México, ya ordenando que una ciudad de Tehuantepec lleve su nombre, ya declarándolo Benemérito de México, ya colocándolo como bandera de prestigio en el título de sociedades científicas, y ya dando su nombre á algunas de las principales calles de esta capital.

Los honores han sido justos por la noble labor científica del ilustre Barón de Humboldt; por su estudio de las riquezas naturales de nuestros valles, ríos, lagos y montañas, fijando sus alturas con admirable precisión sobre el nivel del mar y haciendo justo elogio de las riquezas minerales que tanto llamaron su atención al ascender hasta los lugares más elevados de la Sierra Madre. Su obra «Ensayo Político sobre Nueva España,» es un monumento.

Para esta Capital tuvo la galantería de llamarla «la Ciudad de los Palacios,» y esta misma ciudad se honra en estos momentos al recibir su estatua, como expresión de amistad del Imperial Gobierno Alemán, en los días de gloria en que México celebra con entusiasmo el Centenario de su Independencia.

Señor Embajador:

Señores:

Brindo por la salud de Su Majestad Guillermo II, Augusto Emperador de Alemania y Rey de Prusia.

NÚMERO 66.

Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor don Curtis Guild (jr.), Embajador Especial de Estados Unidos de América, en el banquete que ofreció al Gobierno Mexicano, el 14 de septiembre de 1910.

Señores:

Nos cabe el muy deseado privilegio de unirnos en el reconocimiento universal de este venturoso Centenario de la Independencia Mexicana.

El recuerdo de la enristrada lanza de Miguel Hidalgo con su sa-

grada carga, y del pequeño grupo que se lanzó solo é indisciplinado en contra del ejército disciplinado de una gran Nación, será siempre una fuente de inspiración para el mundo entero. Pero entre todas las naciones del mundo representadas aquí en este Centenario del grito á la libertad en la antigua patria de Anáhuac, ninguna puede unirse á vosotros en vuestros aplausos con sentimiento más placentero de fraternidad, que vuestro más próximo vecino, el país donde se hallan Lexington y Concord, Saratoga y Yorktown. Si nosotros, los de la República más septentrional, nos enorgullecemos del valor y de la firmeza que por fin hubo de hacer posible nuestro éxito, ¿qué hemos de decir de esas mismas prendas demostradas por los patriotas mexicanos? Seis años de lucha y desgracia separaron, en verdad, á Yorktown de Lexington; mas no fué hasta catorce años después del levantamiento de Dolores, cuando México, continuamente luchando por su libertad, al fin sacó de la obscuridad á la luz, una República libre entre las naciones del mundo.

El águila sobre el nopal estrangulando á la serpiente; la divisa ya dada por Méxiti, el dios de la guerra, á su pueblo, como indicio de la futura morada de una raza de conquistadores, llegó á ser el emblema, no de guerreros solamente, sino de un pueblo ávido también de victorias por el buen gobierno, por el orden y por la paz.

Nosotros nos enorgullecemos con los patriotas mexicanos de que el primer siglo de su Independencia comenzara de manera tan noble. Nosotros nos regocijamos con vosotros de que el siglo empezado con tales muestras de patriotismo concluya con tan gran honor. Es auspicio muy feliz que el siglo que principió con el grito de un Hidalgo, llegue á su fin con los hechos de un Díaz.

A los dones de libertad é independencia para México, para obtener los cuales su primer caudillo dió la vida, su último jefe ha añadido los bienes de la prosperidad, del orden y de la paz. Pocos tienen ó han tenido el privilegio de guiar por tanto tiempo el destino de una nación. No es adulación, sino la verdad, lo que obliga á declarar que ningún otro hombre ha tenido el privilegio, por lo menos en tiempos modernos, de guiar una nación pobre, trastornada, atormentada por la invasión y el desorden, y, sin necesidad de la fuerza, sino por medio de pura diplomacia y de medios pacíficos, sin ayuda, hacer á esa nación, no solamente feliz y próspera, sino también respetada y venerada, una potencia que ha de considerarse en el congreso de las naciones.

¡Treinta y cuatro años de paz, treinta y cuatro de desarrollo! ¡Su historia parece casi una maravilla! En el año fiscal de 1875 á 1876, las exportaciones totales de México fueron tasadas en 27.318,188 pesos plata. Treinta y dos años más tarde, esa cantidad subió á 231.101,795 pesos. De igual manera, las importaciones ascendentes á 37.588,987 pesos, han subido á 156.504,447 pesos. El comercio de exportación hoy día es diez veces más grande que el de hace una generación; el de importación es cuatro veces más grande. Entonces México compraba más de lo que vendía. Hoy México vende más de lo que compra.

En 1876, cuando vuestro venerado Presidente tomó por primera vez el cargo que aun por dicha conserva, la extensión de las líneas férreas mexicanas era menos de cuatrocientas millas. Hoy se aproxima, y muy rápidamente, á veinte mil millas.

Bajo la inteligentísima dirección del Alejandro Hamilton mexicano, el señor Limantour, lo que eran campos estériles del crédito mexicano, se han desarrollado en fértiles campiñas. En diez años no-

más ha habido un aumento de más de quinientos por ciento en los caudales de los bancos mexicanos, y el crédito de la Nación no podría ser afianzado de manera más espléndida que la demostrada continuamente por el sobrante en el tesoro nacional y por la aptitud recientemente probada de consolidar la deuda nacional á razón de menos de cuatro por ciento.

Reformas sanitarias, la fundación de hospitales de renombre universal, el estudio y la demostración de la arqueología americana, el establecimiento de un departamento enérgico de selvicultura, la introducción especialmente delicada y difícil del patrón de oro, la unión del Atlántico con el Pacífico por medio de vías férreas, la construcción de extensos sistemas de transporte y su manejo por el Gobierno, el desarrollo de magníficos puertos para comercio universal, el reconocimiento como un *leader* en el Consejo Internacional de La Haya con el mensaje que la América Latina no quiere desorden ni revolución, sino paz y arbitraje: no hay sendero de progreso nacional, hacienda pública, transportación, cultura de bosques, industria, literatura, aún arqueología, en que México, durante los últimos treinta años, no haya sido un *leader*, y aún un prodigio.

Los Estados Unidos se han aprovechado de tan maravilloso prodigio. Las naciones del mundo no existen hoy como aldeas distantes unas de otras, separadas por inmensos bosques, sino más bien como los habitantes de un compacto barrio en una gran ciudad, donde el que fortalece su pared fortalece la del vecino.

El pueblo de los Estados Unidos confía en el pueblo de México. Centenares de millones de dólares han sido invertidos por los habitantes de los Estados Unidos en empresas mexicanas. No existe mejor prueba del respeto y confianza del pueblo de los Estados Unidos en el de México, que el hecho de que ninguna otra nación ha empleado sus ahorros en México tan pródigamente como los Estados Unidos. Sabemos que nuestra confianza permanecerá intacta, y aun aumentará, bajo la tutela del honor mexicano.

Durante el año fiscal que terminó el 30 de junio último, las importaciones á los Estados Unidos, de México, llegaron á 58.795,943 dólares; las exportaciones de los Estados Unidos á México fueron de 58.193,704 dólares. Es un auspicio muy favorable que en el comercio entre las dos naciones independientes más grandes del Norte de América, la balanza de exportaciones é importaciones no baje ni á un lado ni al otro. Los Estados Unidos tienen tanta necesidad de los productos de México como México de los productos de los Estados Unidos. Ni siquiera se puede decir que tal comercio es entre un país que exporta géneros ya manufacturados y otro país que exporta el material crudo. México compra algodón á los Estados Unidos, y fabrica su propia tela. México nos compra trigo y hace su harina.

La gloria de un país no consiste, sin embargo, en su progreso material, sino en sus principios.

México obtuvo su Independencia solo y sin ayuda. Los resultados de su lucha por la libertad no han sido de provecho solamente.

Al principio, el enviado solitario de los Estados Unidos formó el cuerpo diplomático de la nueva República. Hoy, no una nación, sino todas las naciones del mundo se unen en alabanzas cuando la campana de Hidalgo, que un día llamó á los mexicanos al campo de batalla, llama al mundo entero á celebrar. No solamente la bandera de México, las banderas de todas las repúblicas libres del Nuevo Mundo revolotean al aire y en armonía con el Grito de Dolores: ¡Viva América! ¡Viva la religión! ¡Muera el mal gobierno!

A nosotros, los norteamericanos, nos gusta recordar que cuando en su juventud el General Díaz acaudillaba á las tropas mexicanas por la causa de libertad, los ¡vivas! del victorioso ejército mexicano que luchó bajo Díaz en Puebla, hallaron su eco en los gritos de los soldados de uniforme azul que bajo Sheridan estaban en las riberas del Río Grande, dispuestos á ayudar si hubiere sido necesario.

Desde entonces las relaciones entre nosotros, mexicanos y norteamericanos, han sido—y ¡ojalá sean siempre así!—las relaciones de amigos que, dándose la mano, se miran el uno al otro, en el mismo terreno, sin que ninguno de los dos baje los ojos. Nosotros, los norteamericanos, no podremos olvidar que Porfirio Díaz es el primer jefe de una República americana que ha pisado el suelo de los Estados Unidos, ejemplo que ha sido loablemente seguido por el Presidente de Chile y por el Presidente electo del Brasil. El Presidente Taft es, se ha dicho, el primer Presidente de una República americana que ha pisado tierra mexicana. Es buen agüero para las futuras relaciones de amistad y fraternidad entre estas dos grandes Naciones, que México haya establecido este ejemplo de amistad americana en los Estados Unidos, y que los Estados Unidos lo hayan establecido en México.

Los Estados Unidos no pretenden nuevos territorios ni nuevas conquistas. Nuestro pueblo odia la guerra y quiere paz, paz con honor. Nosotros felicitamos á los mexicanos por sus altos principios. Pedimos que se nos permita trabajar con vosotros y con las repúblicas nuestras hermanas hasta que el crédito y el honor de todas las naciones americanas, desde el Polo Norte hasta la Tierra del Fuego, sean igualmente respetados en todo el universo.

Ojalá que todos los futuros Presidentes de México, en los siglos por venir, puedan decir, y con justicia, como puede Su Excelencia el señor Presidente Díaz, al dejar á un lado las faenas del Gobierno, lo que el tierno y patriota Juan de Dios Peza puso en boca del veterano mexicano:

«¡Mundo! las dichas que das
El llanto al fin las resuelve.
El sol que se ausenta, vuelve;
La vida que huye, jamás.
«Pero mi gloria mayor
Será ver, cuando me muera,
Libre, respetada, entera,
Mi bandera tricolor.»

¡Levantemos los vasos! Por la fraternidad de todas las naciones. Que los ricos ayuden á los pobres. Que los fuertes respeten los derechos de los débiles. Ojalá que el canto de los ángeles de la Noche Buena sea verdaderamente la política internacional de todo el mundo: «in secula seculorum.»

NÚMERO 67.

Brindis pronunciado por el señor don Ramón Corral, Vicepresidente de la República y Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en el banquete que ofreció el Excelentísimo señor Embajador de Estados Unidos de América al Gobierno Mexicano, el 14 de septiembre de 1910.

Señor Embajador:

Señoras y señores:

Ciertamente es una fuente de inspiración la gloriosa guerra de nuestra Independencia, porque su origen y su desarrollo revistieron caracteres tan maravillosos, que la singularizan entre todas las luchas que otros pueblos han sostenido por adquirir su emancipación. El pequeño grupo de hombres conscientes que, con Hidalgo á la cabeza, lanzó el grito de libertad en una pequeña aldea, sin contar con ningunos elementos y sin más esperanzas que reunir á una muchedumbre desarmada, hambrienta y sin disciplina, presenta, en verdad, un espectáculo conmovedor que da la medida del temple de aquellos caudillos que se lanzaban á una muerte segura sin esperar quizá otra cosa que sembrar la semilla de la libertad en la esclavizada tierra mexicana.

Pero, á pesar de todo, á pesar de que el enemigo era tan poderoso y tan valiente, como que era nada menos una Nación de héroes, la revolución iniciada por Hidalgo tomó un desarrollo inmenso, y de cada pueblo, de cada cabaña, de cada caserío brotaron soldados, surgieron héroes que sostuvieron una guerra de once años, proveyéndose de armas, de municiones y de medios de vida por no sé qué misteriosas é incomprensibles artes de magia que se escapan á toda investigación.

¡Qué enseñanza tan honda encierra esta epopeya gloriosa de nuestra guerra de Independencia! Con ella se aprende que los anhelos de libertad de un pueblo oprimido son tan poderosos como la explosión de la dinamita en el corazón de la roca.

Nada es, pues, más debido que honrar á aquellos héroes, recordando sus hazañas, exaltando sus merecimientos, esculpiendo sus nombres en mármoles y en bronce é inspirándonos en sus sacrificios y en su patriotismo para aprender á amar á la patria.

Nuestro legítimo orgullo, al conmemorar las hazañas de nuestros antepasados, crece y se exalta cuando á nuestro regocijo se une la simpatía de los demás pueblos civilizados de la tierra; y la satisfacción se intensifica y hace vibrar nuestros sentimientos más delicados, cuando se nos hace justicia, como nos la acabáis de hacer en vuestro brillante discurso, señor Embajador, y como nos la habéis hecho en cada ocasión en que vuestra elocuente palabra se ha dejado oír en estas nuestras fiestas. Vuestras apreciaciones reconocen que nuestra vida nacional, durante el corto tiempo que llevamos de ser un pueblo libre, no ha sido una vida inútil y que la hemos empleado bien en procurar el progreso de esta tierra fecundada por la sangre de nuestros libertadores, cuna de nuestros hijos y sepulcro de nuestros padres. Y vuestro juicio es tanto más satisfactorio, cuanto que, además del prestigio con que lo sella vuestra elevada personalidad, lo apoyáis en cifras y en hechos cuya elocuencia subyuga.

Pero si estamos satisfechos de la prosperidad alcanzada, porque ella nos augura nuevos adelantos y nuevas conquistas en la lucha por el bienestar del pueblo mexicano, no lo estamos menos por los sentimientos de amistad y de simpatía que hemos logrado inspirar

á las demás naciones. Nuestras relaciones con ellas, sinceramente cordiales y cada vez más estrechas, son uno de los mejores timbres de nuestra gloria, porque las naciones, como los individuos, no conquistan la consideración y el respeto de los demás, sino cuando los merecen.

Por otra parte, estas muestras de alta estima con que los países más ilustrados del globo nos favorecen, nos obligan á continuar nuestra labor de progreso, para educarnos y enriquecernos y ser cada vez más dignos de ocupar un puesto visible en el concurso de los países más cultos y libres.

Mucho nos halagan y nos honran, señor Embajador, los elogios con que nos favorecéis. Cada uno de los conceptos que habéis expresado desde que la buena estrella de México os atrajo á esta tierra, ha envuelto una idea simpática de confraternidad internacional, ha sido la expresión de un sentimiento elevado de justicia, y acabáis de cerrar con broche de oro vuestras manifestaciones, expresando que vuestro poderoso país odia la guerra y quiere la paz, una paz honrosa, como la quieren todos los grandes pueblos. Vuestro brindis porque los fuertes respeten los derechos de los débiles y porque los ricos ayuden á los pobres, llega al fondo de nuestros corazones. Recogemos vuestras palabras como una prenda de fraternidad internacional y como el sentimiento verdadero del gran pueblo que representáis. Sí, señor Embajador: que los fuertes respeten los derechos de los débiles y que los ricos ayuden á los pobres, respetando su decoro, siempre susceptible.

Permitidme, señores, que no termine sin expresar algunas palabras, aunque sean ineficaces, para traducir debidamente las simpatías que entre los mexicanos ha despertado el señor Embajador Guild. Sus ideas sobre la Independencia de nuestra patria, la estimación que hace de nuestros adelantos, la amistad que nos manifiesta cada vez que se presenta una ocasión propicia, nos han llenado de gratitud, de respeto y de cariño para Su Excelencia, y al separarse de nosotros nos dejará en el alma un sentimiento muy hondo de cariño, que no borrarán ni la distancia ni el tiempo.

Señores, os invito á apurar nuestras copas por la ventura del poderoso pueblo americano, por la felicidad personal de su gran Presidente William H. Taft y por su Embajador especial, el buen amigo de México Mr. Curtis Guild.

NÚMERO 68.

Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor Marqués di Bugnano, Embajador Especial de Italia, en el banquete que ofreció al Gobierno Mexicano, el 17 de septiembre de 1910.

Señor Vicepresidente:

Señores del Gobierno:

Señores Embajadores, Ministros, Delegados:

Señores:

No tengo la suerte de hablar español; mas á pesar de ello, tengo otra fortuna, y es que la lengua que hablo se asemeja á la vuestra, como el águila saboyana se asemeja al águila mexicana y como los colores de nuestra bandera se asemejan á los de la vuestra. Además, el origen, los hábitos, los usos, las costumbres y sentimientos nuestros, no se funden acaso en una aspiración elevada constante, y común